

---

## INTRODUCCION.

---

### § 1. — Carácter de la lucha.

#### I.

Jesucristo dice que no ha venido á traer la paz, sino la division y la guerra. Estas palabras místicas del *príncipe de la paz* se convierten en una terrible realidad en el siglo XVI. Los reformadores no tenian más ambicion que volver al cristianismo, vergonzosamente alterado, segun ellos, por la Iglesia. Imbuidos en el espíritu evangélico, profesaban el desprecio de las cosas de este mundo, enseñaban la humildad y la sumision á los poderes. El debate entre Lutero y Roma no versaba más que sobre algunos puntos oscuros del dogma. Sin embargo, las pasiones se exaltan; la oposicion que encuentran los protestantes, excita la resistencia; el espíritu de rebelion se extiende por toda la cristiandad y estallan las guerras religiosas. Los historiadores condenan unánimemente estas luchas espantosas. Un escritor que ha tomado á su cargo la defensa de la revolucion del siglo XVI confiesa que «desde el desbordamiento de los pueblos del Norte sobre el Imperio romano, ningun acontecimiento habia provocado hasta entónces en Europa desastres tan largos y tan universales como la guerra encendida con motivo de la reforma» (1).

(1) VILLERS, *Ensayo sobre la reforma de Lutero*, p. 315.—SCHOELL, *Historia de los estados europeos*, t. XIII, p. 9: «La Reforma llenó á toda Europa de turbulencias y de guerras.»



Los dos partidos que ensangrentaron la Europa se imputan recíprocamente la responsabilidad de estas desgracias. ¿Cual será el juicio de la Historia? La lucha que ha dividido á los combatientes divide tambien á los historiadores: los libres pensadores echan todas las culpas á la Iglesia romana: los partidarios de lo pasado acusan á los innovadores. En apariencia, los culpables son los protestantes; ellos rompieron la unidad y desgarraron la túnica inconsútil de Jesucristo; despues sostuvieron su cisma por medio de las armas, en lugar de sellar su creencia con el martirio, como los primeros cristianos, cuyas huellas pretendian seguir. Tales son las acusaciones que se oyen aún en el siglo XIX contra los reformadores del XVI. Hemos respondido ya á estos ataques (1) haciendo ver que la reforma no data de Lutero, que se remonta hasta la Edad Media y que es el desenvolvimiento legítimo de una fase del cristianismo. ¿A qué conducen, pues, las imputaciones que los ciegos defensores de la Iglesia dirigen al protestantismo? Van á parar sobre el cristianismo mismo; es decir, que recaen sobre la humanidad y sobre Aquel que dirige sus destinos. Tanto valdria renovar las acusaciones que los paganos lanzaban contra Cristo y su doctrina revolucionaria. Indudablemente, el progreso providencial de las cosas humanas no destruye la responsabilidad de los individuos y de las naciones; pero así como en las luchas de los pueblos no siempre el que comienza las hostilidades es el verdadero autor de la guerra, así tambien en las revoluciones los culpables no son los que las realizan, sino los que las hacen necesarias. No hay que acusar, pues, á la Reforma, sino á los abusos y á los excesos de la Iglesia romana. Pudiera decirse más: no solamente ha producido Roma la revolucion religiosa del siglo XVI, resistiendo á las justas exigencias de los precursores de Lutero, sino que ademas ha provocado la lucha, negando la libertad á los protestantes. Si, pues, en apariencia la reforma es responsable de las guerras de religion, en realidad lo es la Iglesia. Tal es la respuesta que dan los protestantes á las imputaciones de los católicos. Creemos que hay justicia en su defensa, pero nos parece que la

(1) Véase el t. VIII de mis *Estudios sobre la Reforma*.

culpa no es tanto de los hombres cuanto de los dogmas del cristianismo histórico.

Los protestantes reclaman la libertad de conciencia y acusan á la Iglesia de intolerable tiranía, porque no quiere oír hablar ni de libertad, ni aún de tolerancia. Pero ¿como habia de ser tolerante la Iglesia, encarnacion del cristianismo tradicional? Hacemos abstraccion de los intereses y de las ambiciones; hasta ahora no se ha visto que los poderes establecidos abduquen voluntariamente su dominacion: ¿por qué exigir de la Iglesia lo que la aristocracia y el poder real no han hecho ni harán nunca? Pero dejemos aparte los inevitables obstáculos que las pasiones humanas oponen al progreso más legítimo; la Iglesia, aún suponiéndola libre de estas preocupaciones, ¿podia aceptar la reforma? El cristianismo, tal como ha sido formulado por el concilio de Nicea y por San Agustin, es intolerante por esencia. Sólo él posee la verdad revelada, y esta verdad es una condicion de la vida eterna; todo lo que está fuera de la revelacion es error, y el error hace imposible la salvacion de los que se entregan á él. Bajo este punto de vista la intolerancia es más que un derecho, es un deber. ¿Cómo se ha de pedir la libertad de conciencia á una Iglesia que se dice depositaria de la verdad revelada y que se cree responsable de la salvacion de los fieles que Jesucristo, Hijo de Dios, le ha confiado? Esto sería pedirle un imposible. Es tan cierto que la tolerancia es imposible en el seno del cristianismo tradicional, que aún hoy, despues de la filosofía del siglo XVIII, despues que la tolerancia ha entrado en nuestras costumbres, la Iglesia la rechaza dogmáticamente y debe rechazarla.

Así, pues, la intolerancia que encendió las guerras de religion es de la esencia del cristianismo, tal como se ha desarrollado bajo la influencia de las circunstancias históricas. Siendo así, las acusaciones recíprocas de los católicos y de los reformados pierden mucho de su importancia. La filosofía de la Historia, que no es ni católica ni protestante, debe ser indulgente con los hombres y severa con las doctrinas. Mientras la conciencia general acepte el dogma de la verdad revelada, la consecuencia inevitable será la intolerancia, la division, la guerra. ¿Se quiere una prueba bien patente? Los protestantes del siglo XVI, que reclamaban la liber-



tad para sí, no pensaron en concederla á los demas; imbuida en la creencia de la verdad revelada, la Reforma fué tan intolerante como la Iglesia ortodoxa. La censura que los reformadores dirigen á Roma, puede, pues, con razon volverse contra ellos. ¿Con qué derecho han de hacer á la Iglesia sola responsable de la sangre derramada en las guerras de religion, cuando ellos mismos encendian hogueras en nombre de la fe? Su pretension ha sido siempre no salirse de la verdadera Iglesia, mantenerse en la verdadera tradicion. Acepten, pues, las consecuencias de esta solidariedad. Si son cristianos, y si la intolerancia es cristiana, la responsabilidad de las guerras de religion debe recaer sobre la Reforma lo mismo que sobre el catolicismo.

En definitiva, la lucha ha sido inevitable, fatal. Es en vano declamar contra el fatalismo histórico que destruye la libertad, y por consiguiente, el principio de la responsabilidad humana. Tambien nosotros rechazamos esta doctrina funesta, pero esto no quiere decir que no haya acontecimientos, y precisamente los más importantes, que tengan lugar fatalmente. Indudablemente, manteniéndose en los límites de lo absoluto, es posible afirmar que la libertad del hombre existe siempre, y que por consiguiente, siempre puede evitar el mal y hacer el bien. Pero salgamos del terreno de la especulacion, y tomemos el hombre real. En una época determinada de la historia, tiene ciertas creencias, ciertas preocupaciones; estas creencias y estas preocupaciones constituyen su vida y le hacen obrar; mientras estos móviles subsisten, le impulsan lógica y necesariamente en un sentido determinado; exigir, en nombre de sentimientos que ignora, de ideas que todavía no han nacido, que siga un camino diferente, es un absurdo. Esto sucede en el siglo XVI. El mundo cristiano está dividido en católicos y protestantes; unos y otros creen poseer la verdad revelada; unos y otros creen que la salvacion es inherente á su confesion; todos están convencidos del derecho y del deber de los príncipes de proteger la verdad y de perseguir el error. Pedid á esa sociedad la tolerancia, la libertad religiosa, y no os comprenderá; será intolerante y perseguirá hasta que sus ideas y sus sentimientos se hayan modificado.

En este sentido decimos que la lucha de la Reforma y del catolicismo

ha sido necesaria, fatal. La tarea de la filosofía de la Historia, en presencia de este hecho inmenso, es buscar el elemento providencial que va mezclado con los errores humanos. Tambien decimos que lo que es fatal es providencial; esto no quiere decir que la Providencia obre directamente y destruya la libertad humana, y ménos aún, que la Providencia haga el mal para conseguir el bien. Semejante doctrina sería más que absurda, sería impía. Pero á ménos de negar á Dios, es preciso admitir que hay una Providencia y un gobierno providencial. La vida de la humanidad es infinita, progresiva; es una educacion que nos aproxima al bien y á la verdad á cada progreso que realizamos. Ahora bien, toda educacion supone un educador; y ¿quién podrá ser el educador de la humanidad más que Dios? Él dirige nuestros destinos; no destruye por eso nuestra libertad, sino que la guia y la inspira. Dios hace más aún en la vida del género humano; es el remunerador supremo, el Juez que castiga y recompensa. Castiga, pero la pena misma es en su mano un instrumento de perfeccionamiento. La direccion divina, lo que en el lenguaje teológico se llama la gracia, y la justicia divina; hé aquí lo que constituye el gobierno providencial. Las pasiones mismas de los hombres y sus excesos son para la Providencia un medio de accion. Dios saca el bien del mal. Bajo el punto de vista de Dios, todo es bien; el mal no existe más que bajo el punto de vista del hombre; es propio de la imperfeccion humana.

## II.

Busquemos, pues, cuál fué el elemento providencial de las horribles guerras que desgarraron la Europa en nombre de la religion. Uno de los mejores historiadores de la Reforma deplora las pasiones religiosas que agitaron los ánimos en los siglos XVI y XVII. « Los Alemanes, dice *Menzel*, perdieron el tiempo en definir lo que es indefinible, en escrutar misterios que son superiores á la razon humana; durante este tiempo las demas naciones crecian y aumentaban su poder» (1). Al ver la mezquina é indispli-

(1) AD. MENZEL, *Neuere Geschichte der Deutschen*, t. IV, p. 212.



cente intolerancia de los teólogos, al ver los funestos efectos de sus divisiones, se siente inclinación á maldecir, con *Menzel*, la especie de manía religiosa que se apoderó de la Europa durante doscientos años. Pero ¿no es el historiador alemán infiel al genio de su raza? La Reforma es la gloria de la Alemania, porque la Reforma es la manifestación del libre pensamiento en el terreno de la religión, y las ideas gobiernan el mundo. ¿Qué importan, pues, las necedades de los teólogos y sus disputas? ¿Qué importan las querellas más sangrientas de las sectas cristianas? Hay que compadecer las desgracias y los sufrimientos de los individuos; pero Dios vela para que la sangre derramada por convicciones, aunque imperfectas, no haga corrido en vano. Si las guerras encendidas por la ambición tienen su misión providencial, las guerras de religión deben servir también para el progreso de la humanidad en la ruda carrera de su perfeccionamiento. Dejemos á los filósofos del siglo pasado el triste placer de insistir, exagerándolas, sobre las calamidades que han producido las querellas de los teólogos (1); si no hay en las guerras de religión otra cosa que «*la barbarie de los Hunnos y crueldades de caníbales*», hay que desesperar del hombre, y más valdría abandonar la historia que hacerla servir para despreciar la humanidad. Los filósofos del siglo XVIII no han echado de ver que si en su tiempo se apoderaban de los ánimos sentimientos de tolerancia, esto era debido á las luchas sangrientas que procedieron de la Reforma.

Quien dice revolución, dice lucha y guerra; no hay revolución pacífica. Los protestantes no comprendían esta ley fatal del género humano, cuando en el siglo XVI se rebelaron contra el Pontificado. Bien pronto se empeñó un combate á muerte entre el protestantismo y el catolicismo; peligró hasta la existencia de la Reforma. La Iglesia quiso reconquistar el terreno que había perdido; se valió á la vez de la violencia y de la astucia. Al principio el éxito le fué favorable; la reacción católica ganó terreno visiblemente. Entonces estalló la más terrible y la más funesta de las guerras

(1) VOLTAIRE, *Ensayo*, c. 118: «Las guerras de religión hicieron espantoso el final del siglo XVI y trajeron una especie de barbarie que los Hérulos, los Vándalos y los Hunnos no habían conocido jamás.»—IB., c. 128: «Las querellas de teólogos han llegado á ser guerras de caníbales.»

de religión; pero la guerra de los treinta años, si bien reprodujo la edad de la barbarie, salvó al protestantismo. Aquella lucha gigantesca hizo ver que ambas confesiones eran igualmente impotentes para destruirse; por más que los papas protestaron contra la paz de Westfalia, su protesta no prueba más que una cosa, y es que solamente la fuerza ha asegurado la existencia de la Reforma; la Iglesia la sufre sin aceptarla. El protestantismo se ha salvado, y con él el gran principio que sostiene en su seno, la libertad de pensar. Como ambas religiones se ven obligadas á vivir juntas, tienen que tolerarse; la impotencia del protestantismo y del catolicismo da por resultado la tolerancia y la libertad.

La Reforma y la tolerancia no son las únicas ventajas de la lucha que ensangrentó la Europa durante dos siglos. Hemos dicho que el verdadero principio de las guerras de religión era el cristianismo tradicional con su dogma de la revelación y de la divinidad de la Iglesia; ahora bien, este principio no consiguió vencer, por más que se proclamaba como divino. Sucedió con las guerras de religión lo mismo que con las Cruzadas; las guerras santas, predicadas por el Pontificado, eran la manifestación de su omnipotencia, y dieron por resultado su ruina. Del mismo modo las guerras de religión, emprendidas en nombre de la verdad revelada, acabaron por sembrar en los ánimos los gérmenes de la indiferencia y de la incredulidad. La Iglesia, que pretendía confundirse con Dios, descubrió su debilidad humana; fué quebrantada, fraccionada, como lo son los establecimientos de los hombres. Al mismo tiempo que la Iglesia, se arruinaron las creencias que se identificaban con ella; el dogma de una verdad absoluta, revelada milagrosamente por Dios, fué reemplazado por otras concepciones religiosas. El protestantismo se trasformó; creía volver á lo pasado, y de repente dirige sus miradas al porvenir y se llama la religión del progreso. Un milagro más grande se realiza; la religión inmutable por excelencia, el catolicismo sufre una transformación análoga; cambió de naturaleza en manos de aquellos mismos que fueron los agentes más activos de la lucha durante los siglos XVI y XVII. San Agustín no hubiera reconocido su creencia en la creencia de los jesuitas. El catolicismo de Agustín es el imperio de la gracia, es decir, de lo sobrenatural, de la acción di-



recta de Dios. El catolicismo de los jesuitas es el imperio de la libertad, es decir, del elemento natural, de la acción del hombre. Diríase que ambas confesiones se ponen de acuerdo para salir del cristianismo tradicional; ábrese una nueva era religiosa.

Esta es una de las fases de la lucha secular del protestantismo y del catolicismo. No es la única. La revolución del siglo XVI es política á la vez que religiosa, porque el poder contra el cual se rebela es á un tiempo político y religioso. En la Edad Media la Iglesia y el Estado se confundían; el Estado procede de la Iglesia, y la Iglesia interviene á cada paso en el Estado y da al poder civil amplia intervención en los asuntos religiosos. Esta revolución no se limita á los países protestantes; los reinos católicos se emancipan igualmente de la Iglesia; para conservarlos adictos, los papas se ven obligados á hacerles concesiones que ponen á la Iglesia romana casi en la misma dependencia que las iglesias reformadas. ¿Qué es ese Estado que se emancipa de la dominación eclesiástica, que reivindica por completo la soberanía, atribuyéndola á Dios en su caso? Es el órgano de las naciones, es la soberanía civil, que se pone frente á frente de la Iglesia para subordinársela.

Puesto que la Reforma es una revolución semipolítica, las luchas de los siglos XVI y XVII no podían ser puramente religiosas. Compárense las Cruzadas con las guerras del protestantismo y del catolicismo. Los cruzados se arman á la voz de *Dios lo quiere*, y esta voz parte de la conciencia general. Los reyes no desempeñan más que un papel secundario en el duelo del catolicismo y del islamismo; el Pontificado es quien domina. Ninguna idea política presidió á estas guerras, que parecen una segunda inmigración de los pueblos del Norte; el objeto que los cruzados se proponen es la conquista de un sepulcro. No sucede así en el siglo XVI. Al mismo tiempo que Lutero lanzó su reto á Roma, entran en liza los dos monarcas más poderosos de la cristiandad. ¿Se proponen sostener y combatir la reforma? Podrá ser éste el objeto providencial de las guerras incesantes de Carlos V y de Francisco I, pero no era ésta seguramente la ambición de los combatientes. Carlos V lleva ciertamente el nombre de *rey Católico*, pero ya se sabe lo que vale ese título: «Fernando de Castilla, dice Maquiavelo, se cubrió

hábilmente con la máscara de la religión para ejecutar sus planes ambiciosos.» (1). Otro tanto puede decirse de Carlos V, por más ortodoxo que sea; es ante todo un espíritu político. Su rival se llama el rey cristianísimo, y ¿qué hace este hijo primogénito de la Iglesia? Sostiene á los protestantes en Alemania y se une con el jefe del islamismo. El mundo cristiano se asombra y se escandaliza (2), porque ignora que los vicarios de Cristo hacen lo mismo. Los papas combaten por el poder á la par que por la religión; por esto, en caso de necesidad, se hacen aliados de los Turcos y favorecen á los protestantes contra Carlos V.

Estas son señales de un tiempo nuevo. No estamos ya en la Edad Media; otro Pedro el Ermitaño no encontraría ya un solo partidario; estamos en los umbrales de una era política por excelencia. Los contemporáneos se quejan de la indiferencia religiosa de los reyes; la religión, en apariencia señora exclusiva de los espíritus, es en realidad un instrumento en manos de los príncipes (3). ¿Cuál es para ellos el objeto de la lucha? Si intervienen en las guerras de religión, no es únicamente para sostener el antiguo dogma; aún aquellos que parecen defensores ciegos del catolicismo, los Felipes y los Fernandos, tienen intereses de príncipes que dominan la cuestión religiosa; si abrazan el partido de Roma contra el protestantismo, es porque ven en la Reforma un germen de libertad y de revolución, y en el catolicismo una garantía de conservación y de poder. Los más poderosos aspiran á realizar una quimera, la monarquía. La monarquía universal es

(1) MAQUIAVELO, *el Príncipe*, c. 21.

(2) RAYNALDI *Annales*, 1551, núm. 12: «*Artis politicae impiis documentis.*»

(3) *Tratado de las causas y razones del armamento hecho en 1589*, citado por P. CAYET y atribuido por él á un gran príncipe muy católico (*Colección de PETITOT*, t. XXXVIII, p. 239): «Si hojeais detenidamente las historias, encontraréis que muchos de los grandes príncipes se han servido de la religión para conseguir mejor su objeto, y veréis que han sido estimulados y guiados muchas veces por su ambición é interés particular, no por el celo que hayan tenido por el honor de Dios de emprender la guerra contra los herejes y los infieles.»—LANGUET escribe á Camerarius (*Epist.* p. 147): «*Res principum sunt plene simulationum, et in nulla re magis luditur nostro tempore quam in religione.*»—NAUDÉ (*De los golpes de Estado*, p. 275) dice que la mayor parte de los príncipes se ocupan de la religión como charlatanes y se sirven de ella para conservar la reputación y el crédito de su teatro.



una idea católica. Durante los muchos siglos en que reinó sin rival, el catolicismo tenía por ideal la unidad religiosa y política de la cristiandad bajo dos jefes: el Papa y el Emperador. La Iglesia no conoce el elemento de la individualidad, de la nacionalidad, no conoce más que el elemento de la unidad, unidad absoluta, que no deja lugar á la acción de los individuos y de las naciones. Así concebida, la unidad es más que una quimera; es una violación de los designios del Creador, que ha impreso en toda la creación el principio de la diversidad á la vez que el de la unidad. La Reforma rompe la unidad cristiana, la monarquía del Emperador y la monarquía del Papa.

Sin embargo, la idea de la unidad, bajo la forma de una monarquía universal, habia arraigado profundamente en los espíritus; sedujo al mayor poeta de la Edad Media y á uno de los pensadores más profundos de los tiempos modernos. No miremos con demasiado desden una concepción que tiene á su favor el nombre de Danté y la autoridad de Leibnitz. Es indudable que, áun después de la Reforma ha habido príncipes cuyo poder era tan preponderante, que la independencia de los demás reyes estaba comprometida. En los siglos XVI y XVII parecia que la casa de Austria amenazaba á la cristiandad con una especie de dominación universal. Las luchas de Carlos V y de Francisco I; las de Enrique IV, de Isabel y de Felipe II; la guerra de los treinta años, en la que figuran todos los estados de la cristiandad, aseguraron la independencia de la Europa al mismo tiempo que salvaron la Reforma. En medio de las guerras religiosas surgió una idea que es exclusivamente política. La concepción de la unidad por el Papa y el Emperador es sustituida por la teoría del equilibrio. Este sistema no tiene en cuenta para nada las creencias; no calcula más que las fuerzas que trata de contrapesar, de manera que la independencia de los estados pequeños queda garantida contra las invasiones de un estado demasiado poderoso. Ya en el siglo XVI aparece la idea del equilibrio; así se explica la alianza de Francisco I con los protestantes y con el Gran Señor. El siglo XVII, áun cuando agitado por pasiones religiosas, está inspirado al mismo tiempo por preocupaciones políticas, hasta el punto de que es difícil decir si la guerra de los treinta años es una guerra de religión ó una guerra contra la casa

de Austria. En ella, un cardenal da la mano á un rey protestante; los papas se declaran contra una potencia que restaura el catolicismo en Alemania. Las guerras de religión terminan en la paz de Westfalia, que es durante más de un siglo la base de la constitución política de Europa.

Tal es el carácter de las guerras de religión de los siglos XVI y XVII. Son religiosas por las pasiones que animan á las masas, y son al mismo tiempo una lucha de poder. La Iglesia combate para conservar su influencia espiritual y temporal sobre la cristiandad; la fe es para los papas un medio más bien que un fin. Los reyes combaten por ambición; quieren conquistar esa monarquía que es el sueño de los conquistadores desde la más remota antigüedad; la fe es para los reyes, más áun que para los papas, un instrumento de dominación. ¿Cual es el resultado de la lucha? Así como la guerra era á la vez religiosa y política, las consecuencias tienen igualmente este doble carácter, y lo que prueba la relación íntima entre ambos elementos, es que los efectos son análogos en el terreno religioso y en el terreno político. Por una parte la lucha destruye los proyectos de monarquía universal de la casa de Austria, y por otra parte quita á la Santa Sede la mitad de la Europa y destruye para siempre la monarquía universal del Pontificado. La lucha política consagra el principio de las nacionalidades; esto mismo sucede con la lucha religiosa, porque la idea de nacionalidad domina en el protestantismo, y hasta los estados católicos se separan políticamente de Roma.

De suerte que la monarquía universal, bajo sus dos aspectos, queda rota por las largas guerras que ocupan los primeros siglos de la Reforma. Hay sin embargo algo de verdad en la concepción de la monarquía universal, y es la idea de unidad, que ha seducido á inteligencias como Dante y Leibnitz. La vida del género humano es una marcha progresiva hácia la unidad, y toda gran revolución es un paso hácia este término de sus destinos. ¿Qué papel desempeñan la Reforma y las guerras que de ellas se derivan en el desenvolvimiento de la unidad humana? La monarquía universal es una unidad falsa, porque absorbe y anula otro elemento igualmente legítimo, el de la diversidad. Ahora bien, la unidad católica por el Papa y el Emperador es una forma de monarquía



universal; estaba, por consiguiente, viciada lo mismo que la unidad romana. La misión de la raza germánica, individual por naturaleza, es librar al mundo de esta falsa unidad. Ella ha arruinado el despotismo imperial que mataba toda vida; ella ha puesto fin al reinado de los obispos de Roma, que pretendían ejercer una dominación universal en nombre de Dios. Las guerras nacidas de la Reforma han continuado esta obra, arruinando los proyectos, más ó menos amenazadores, de monarquía universal que venían juntos con la reacción del catolicismo contra la revolución del siglo xvi.

Ya es un paso hacia la unidad futura el destruir las falsas formas de la unidad. Los pueblos germanos han hecho más; al mismo tiempo que arruinaban la monarquía de Roma pagana y cristiana, dieron al mundo el principio de la individualidad, sin el cual no hay verdadera unidad posible. La verdadera unidad no es otra cosa que la conciliación, la armonía de las diversidades nacionales. Pero antes de pensar en armonizar los elementos individuales, es preciso asegurar su existencia. Este es el fruto de la Reforma y de las guerras que la aseguraron. En lo sucesivo ya no es posible pensar en extender sobre el mundo entero ni una tiranía religiosa, ni una tiranía política; el hombre ha conquistado la libertad de su conciencia; el Estado ha conquistado su soberanía independiente. No falta más que reunir á los individuos por medio de creencias comunes, y á los pueblos por medio de intereses comunes. El principio protestante es impotente para llevar á cabo esta obra, porque representa demasiado exclusivamente la diversidad germánica. En el terreno religioso el protestantismo aísla las creencias; en el terreno político el sistema del equilibrio divide á las naciones. La unidad está representada por el catolicismo; se manifiesta por la tendencia de los estados católicos á la monarquía universal. De suerte que los dos elementos de unidad y de diversidad coexisten en el siglo xvii; todavía están destinados á sangrientas luchas. Será necesaria una nueva era, la de las revoluciones, en la cual hemos entrado, para producir la unidad á través de la disolución de las antiguas creencias y de las antiguas formas políticas; esta será la era de las nacionalidades. La lucha del catolicismo y del protestantismo no da, pues, por resultado la unidad, pero la prepara.

## § II.—¿Quién es el vencedor?

### I.

Esta pregunta puede parecer ociosa, después de lo que hemos dicho del carácter y de los resultados de la lucha. Si es verdad que el cristianismo histórico, en cuyo nombre se emprendieron las guerras de religión, ha sucumbido, hay que deducir que, de los dos partidos empeñados en el combate, fué vencido el que representa más especialmente lo pasado, mientras que aquel que inconscientemente daba el primer paso fuera de la religión tradicional, fué vencedor. Parece, pues, que el vencido fué el catolicismo, y el vencedor el protestantismo; por mejor decir, el vencido sería el cristianismo como se ha desarrollado á través del Imperio romano y de la Edad Media, y el vencedor la libertad de pensar, la filosofía en su más lata acepción. Esta apreciación de la lucha del catolicismo y del protestantismo no es un sistema preconcebido, es la expresión de los hechos. La paz de Westfalia, que puso fin á las horribles guerras de religión, es una transacción; ahora bien, decir transacción, vale tanto como decir que ninguno de los dos partidos triunfa, que ambos han tenido que hacer sacrificios. De manera, que ni el catolicismo ni el protestantismo, como tales, salieron vencedores de la lucha. ¿Quién recoge, pues, los frutos de la victoria? Entremos por un momento en el siglo xviii: ¿qué vemos en él? La lucha del catolicismo y del protestantismo ha cesado, ó, si se quiere, se ha transformado; la filosofía hace una guerra á muerte al cristianismo. Y ¿qué es esta filosofía? Es el libre pensamiento, que ataca todo cuanto existe, y sobre todo, lo que llama supersticiones, con las cuales la Iglesia ha querido encadenar á la humanidad. El movimiento filosófico del siglo xviii es la agitación que precede á la tempestad. La tempestad estalla furiosa, universal, y arrastra todas las antiguas instituciones. Continuamos en esta era revolucionaria. ¿Hace falta preguntar después de esto si venció el catolicismo ó el protestantismo?

Sin embargo, en el siglo xix se ha planteado y se ha debatido